El español: abrazos y rechazos entre el centro y la periferia

Pablo Montoya Campuzano

Como cualquier otra lengua, el español es un ser viviente. Su vitalidad reside en muchos aspectos: la gran cantidad de hablantes que hay en el planeta Tierra, la literatura oral y escrita que ha engendrado, la movilidad vigorosa que ha presentado a lo largo de los siglos que lleva existiendo entre nosotros, esa capacidad suya de asimilar lo que, en principio, le es extraño, ajeno, distante.

Hay algo en esta forma de comportarse que tienen las lenguas poderosas que me llama la atención y que quisiera exponer aquí brevemente. La cuestión tiene que ver con la relación que establece el centro oficial de una lengua con sus periferias. Esta relación es conflictiva, por supuesto, y podría comprenderse a través de abrazos y rechazos sucesivos.

Para ilustrar mejor este contorno sugestivo de las lenguas, voy a permitirme recordar un pasaje del discurso que leí cuando me posesioné como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la lengua. Lo que intenté hacer fue un homenaje al español, sin olvidar algunas contradicciones y excesos que se encuentran en el nacimiento y la evolución que él o ella, las lenguas cada vez me parecen más andróginas y hermafroditas, ha tenido.

> Surgiste, déjame suponerlo, de una de esas torres habladoras donde el desconcierto y la revelación se confabularon. Brotaste de algún nivel de muros inextricables y, como las otras lenguas, tu raíz fue la fragmentación y el barullo. Uno de esos hombres del principio, creado por la historia y la imaginación, define tu origen marginal e incomprensible. Ese hombre fue producto de un incesto de hermanos, idiotizado por la herencia y el pecado. Deambuló por diferentes monasterios. Creció en ellos y aprendió en sus recintos las lenguas que la decadencia del latín regurgitaba por Europa. Ese monje terminó hablando una lengua que era todas y ninguna. Y esa manera suya de expresarse es paradigmática. Porque niega la pureza de la lengua. Ninguna lengua, en realidad, lo es. Y tú, español, tampoco eres lengua pura. Ni lo has sido ni podrás serlo jamás. Porque el impulso de tus movimientos, siempre palpitante, es la mezcla, la interminable variabilidad.
>
> Pero en tu mismo ser habita la paradoja. Te levantaste, a través de un entramado de familias ilustres, de una religión monoteísta que te protegió, de estudiosos solitarios, de gramáticos minuciosos y exorbitantes, de iluminados y sombríos escritores y de un fervoroso grupo de pedagogos que han viajado por la Tierra.

> Todos ellos trataron de demostrar que debes ser preclara y homogénea. Que lo tuyo ha de buscar la simplificación de la norma y la elocuencia del buen hablar y la perfección del buen escribir. Porque tú eres también la lengua de la legislación, de la administración y de la educación. Y tu propósito, a través de los diccionarios, las ortografías y las gramáticas, ha sido velar por un cierto decoro y una cierta corrección. Pero cómo olvidar que la humanidad juega contigo. Que te tuerce el cuello de la solemnidad a cada instante. Que va y viene una y otra vez en una fresca insolencia, y se acoge día a día al bullicio y hace que tu fuente se rebose en un delta de muchísimos brazos. Mientras por un lado, te sientes honorable en la necesidad de mantener tu morada en orden y equilibrio. Por el otro, está esa faceta tuya que se mueve y brinca y busca el aire y se sacude en medio de una espiral maravillosa, casi infinita de palabras y expresiones. Porque esa es tu condición ineludible: desde los días en que todo pasaba no más allá de los linderos de Castilla y unos cuantos miles te hablaban, hasta hoy en que millones de humanos desparramados por el orbe lo siguen haciendo a su manera, tú estás forjado, español, en la diversidad, y en ello reside tu vitalísimo patrimonio.

Este es, quizás, uno de los conceptos claves del porvenir del español: la diversidad. Pero la diversidad puede correr el riesgo de desbordarse y generar así una suerte de confusión. Para ello está ese otro rasgo de la lengua que actúa como un dique ante este portentoso caudal. En la literatura, con el surgimiento de las expresiones nacionales en Hispanoamérica en el siglo XIX, se vio cómo este ir y venir entre los centros metropolitanos y las márgenes, entre lo aristocrático de una lengua y su lado plebeyo, asumió una riqueza tal que para entender esas narraciones, que fueron llamadas en su momento nativistas, el lector necesitaba un glosario.

En el caso colombiano, que es el que quisiera resaltar ahora, hubo un autor llamado Tomás Carrasquilla que representó, entre la última década del siglo XIX y las primeras tres décadas del XX, el paradigma de este enfrentamiento. Carrasquilla, aunque fue reconocido en su momento, hoy se lee poco en Latinoamérica. Su obra fue escrita en el contexto de un país que desde Bogotá, la Atenas suramericana de entonces, propuso un proyecto literario centralista y basado, sobre todo, en el buen hablar, el buen escribir y el buen leer. Este proyecto fue mancomunado por políticos, gramáticos y latinistas católicos que le hicieron creer al mundo hispánico que Bogotá era el sitio donde se hablaba el mejor español de América. Esto, por supuesto, nunca fue cierto. Comenzando por la simple razón de que Bogotá, a la sazón, era una ciudad con unos altísimos índices de pobreza y analfabetismo.

Ante esta intención, clasista y segregacionista del poder cultural, la obra de Carrasquilla se escribió para mostrar otra cosa. Y lo que muestra Carrasquilla es que, ante los centros letrados de un país como Colombia, había

unas regiones, olvidadas, aisladas, invisibles pero dueñas de una riqueza lingüística impresionante. Hoy se reconoce que la primera obra literaria sólida, coherente, vibrante, que se escribió en mi país, la hizo este hombre que no viajó mucho y que sus pasos solo pudieron llevarlo hasta Bogotá donde, valga la pena resaltarlo, se aburrió insondablemente.

Lo que hizo Carrasquilla en sus cuentos y novelas, fue darle la voz a la región, entrometer las formas de pensar y hablar y sus respectivos imaginarios de los campesinos de Antioquia y los habitantes de una pequeña ciudad como Medellín que avanzaba hacia la modernidad. Este comportamiento, en cierra medida, se ha continuado, en Colombia y ha forjado una gran literatura escrita. A su modo lo hizo José Eustasio Rivera con *La vorágine* y García Márquez con sus obras que orbitan en torno a Macondo.

A propósito de este vínculo, que ha tenido la lengua española desde sus centros urbanos y sus periferias agrestes, hay una oración de uno de los críticos de Tomás Carrasquilla, Antonio J. Restrepo que me permito citar:

> Aquel remanso (se refiere a Antioquia), comenzó a encresparse y a recibir con la marea de nuevas gentes aguas nuevas que desbordaron su caudal y lo juntaron por siempre al mar sin límites de la lengua madre.

Algo semejante pasa hoy en Medellín con el español. Y supongo que situaciones así ocurren en muchos lugares de Latinoamérica. Medellín, que fue tan vapuleada durante los últimos cuarenta años por una confusa y compleja violencia proveniente de varios grupos armados (narcotraficantes, guerrillas urbanas, paramilitares, policía, ejército), desde los tiempos de Carrasquilla se ha comportado, literariamente, de manera desbordada. El caudal de la lengua madre ha seguido estremeciéndose, creando torbellinos que parecieran atentar contra su equilibrio. Como si estos nuevos hablantes, que viven en las comunas populares de Medellín, estuvieran torciéndole el cuello a ese español decente y limpio que según los centros del poder lingüístico deberíamos hablar.

Quizás sea Fernando Vallejo, en su novela La virgen de los sicarios, quien manifiesta ejemplarmente esta crisis de la lengua que se vive en Medellín. Crisis que, a mi juicio, no es más que un correlato de su crisis social. El protagonista de esta novela es un gramático, el último que le queda a esa pobre patria colombiana que ha sido despedazada por los demonios de la violencia. De los espacios de la pobrecía surgen unos muchachos asesinos de los cuales se enamora el gramático. Entonces, en medio de balaceras y muertes tan divertidas como tremebundas, va surgiendo ese puente entre el español adulterado e ilegítimo que emplean los sicarios y las otras personas

de su entorno y el español del gramático. Algo interesante, sin duda, de esta novela es que se presenta, a través de esos continuos abrazos y rechazos, las dos caras de una misma moneda. Esa moneda, así nos incomode o nos altere, o nos agreda, es el español con que se expresa una buena parte de quienes viven en Medellín.

Como habitante de esa ciudad, y en tanto que autor de novelas y cuentos que pueden circunscribirse en esa tradición que llamamos literatura hispanoamericana, y que está anclada en lo que usualmente comprendemos es el buen escribir, me he interesado en esas hablas. Porque sé que ellas ayudan a expresar el grado de vértigo y violencia que ha vivido Medellín. Pero no ignoro que dejar que esas maneras de hablar y de escribir, herméticas para quien no las practica o las frecuenta, entren en la literatura pueden dificultar la eficacia de su comunicabilidad. Con todo, lo aparentemente incomunicable, lo agresivamente hermético, lo suciamente marginal, lo impresentable por su brutalidad, también es parte decisiva del horizonte actual de nuestra lengua.

Pablo Montoya
Córdoba, 28 de marzo de 2019